

Y tú, ¿cuán bravo eres?

En muchas partes del mundo, nacer hombre hoy en día supone una ventaja y, así es en términos generales, aunque no de manera absoluta. A Erick le tocó crecer en un barrio popular del sur de la Ciudad de México a mitad de los años ochenta. Comprendió desde niño que la violencia no descansa ni en la escuela ni en la calle; la banda te cuida, pero la banda le pega fuerte también. No basta con nacer varón: la hombría debe demostrarse constantemente, sobretodo, con la fuerza. La mera supervivencia en el barrio depende de ello. La pertenencia a un territorio de la pandilla te protege de las de otros barrios, pero de la misma manera la banda te recuerda que para pertenecer al círculo debes *entrarle al juego* de ejercer violencia. Así pues, adaptarse pasa por probar el poderío de unos sobre otros.

Erick aprendió a convivir con los códigos del barrio con cercanía, aunque también aprendió a distanciarse pues tuvo la fortuna de que su madre –maestra de profesión– se esforzara por inculcarle valores de igualdad. Entre otras cuestiones, las tareas domésticas formaban parte de las obligaciones de Erick en casa, algo poco común en ese contexto. Su madre no quería convertir a su hijo en uno de los machitos que tanto la habían molestado en su camino desde que dejó el pueblo para ir a la universidad. Erick entendió así la oportunidad de formarse como una manera de subvertir los moldes sociales y con ese espíritu obtuvo una beca para estudiar una maestría en Derechos Humanos en el Reino Unido.

La familia de Erick procede del México rural donde la autoridad masculina es todavía más patente. Una de las afrentas más importantes de su madre a ese sistema, fue su lucha por formarse y conseguir un empleo que le proporcionara independencia económica lejos de la órbita familiar. Una libertad ganada a cambio de duras críticas sociales puesto que en la mente de los demás su lugar estaba predestinado a depender económicamente de un esposo. Para su hijo, el machismo fue experimentado de otra forma; en el campo, ni siquiera la naturaleza más agreste escapa al intento de dominación del hombre como, por ejemplo, las demostraciones de hombría del jaripeo –la montura de toros y potros salvajes, normalmente en ferias– y, al cual una vez más, el primo *chilango* debía reajustarse durante las visitas para no parecer demasiado *señorito*.

“Siempre me he sentido escindido en estos mundos; había que escindir parte de uno mismo. Negociar ser hombre en distintos lugares exige diferentes comportamientos y valores de masculinidad. En el barrio de la Ciudad de México te piden entrarle a los madrazos por el honor de la banda, incluso terminas siendo empujado a probar tu hombría contra tus amigos. Llegaba al campo, a tan solo unas horas de la ciudad, y la fuerza y la valentía se medían también aunque de otras formas; si no te montabas a un toro, no eras suficientemente hombre. Pero una vez en Europa, en medio de un grupo de hombres “educados”, digamos estudiantes universitarios o jóvenes considerados progresistas de izquierdas, ves que si no te ríes del chiste más sexista, el resto lo entiende como una traición al grupo. Y no se diga alguna subversión más grave como asumirte hombre feminista porque esa sí que ni la entienden, ni la perdonan...”

Es muy probable que, ya en su adolescencia, Erick fuera mucho más consciente de las terribles desigualdades que genera el machismo, pero el verdadero despertar a esa realidad llegó con toda su crudeza con el asesinato de su hermana de 24 años a manos de su ex novio y, con ello, la necesidad de enfrentar el sistema judicial mexicano, donde la impunidad y la misoginia son moneda corriente. A partir de esta experiencia y de trabajos previos en derechos humanos, Erick ha buscado la inclusión

de la perspectiva de género en procesos de acceso a la verdad y la justicia junto con otros familiares de víctimas de feminicidios en México.

Actualmente Erick reside entre México y Europa con su compañera, donde colabora en la prevención de la violencia y la expresión de modelos de masculinidad alternativos entre jóvenes de comunidades excluidas en Barcelona. Erick considera que no puede haber justicia sin revertir las inequidades de género y que estas serán difícilmente erradicadas si en la lucha no se cuenta también con los hombres.

A diferencia de muchos de sus amigos, Erick le ganó el pulso al barrio. Tras el camino recorrido, piensa que los hombres son también, en cierto modo, víctimas del machismo, pues terminan reproduciendo roles que les privan de su propia sensibilidad y los convierten en carne de cañón para la violencia y la exclusión. Algunos de sus amigos de infancia no han podido contarlo, otros sólo tras las rejas. Asevera con humildad que, probablemente, él tuvo más oportunidades. Seguramente, su madre le moldeó con su ejemplo. Tras una media sonrisa, se asoma la sombra de un pensamiento: *“¿Qué clase de hombre sería hoy si mi madre no hubiera luchado por sus derechos como mujer?”*

Imagen escogida por Erick: “Marimba y Toro” del pintor costarricense José Jackson Guadamuz